

<http://dx.doi.org/10.15446/ideasyvalores.v63n156.47043>

Han, Byung-Chul. *La sociedad de la transparencia*. Trad. Raúl Gabas. Barcelona: Herder, 2013. 96 pp.

Lo hemos visto muchas veces en la historia del pensamiento, pero no deja de asombrar lo potentes e iluminadoras que pueden resultar algunas obras filosóficas cuando son breves. Hace casi diez años, Harry G. Frankfurt se encaramó en las listas de *best sellers* con su opúsculo *On Bullshit: sobre la manipulación de la verdad*. Aquel memorable ensayo comenzaba anunciando la gran cantidad de charlatanería que se da en nuestra cultura, denunciaba cómo la falta de un concepto claro de esta contribuía a nuestra incapacidad de valorar su significado e importancia, ensayaba distintas definiciones de charlatanería y, tras establecer que esta es peor que la mentira, cerraba la obra ofreciendo dos causas de por qué abunda en nuestros días.

Uno podía discutir el método analítico de Frankfurt –sobre todo, en su ardua disección de los términos semánticamente cercanos a la charlatanería– e incluso sus presupuestos de fondo cartesianos –al fin y al cabo, su punto de partida era que la falta de una idea clara y distinta de charlatanería nos resta libertad de maniobra–. Pero su conclusión teórica y lógica resultaba tan deslumbrante como incontestable, pues sostenía que allí donde prolifera el escepticismo sobre la posibilidad de conocer las cosas como realmente son es, desde todo punto, normal que surja la charlatanería –que, justamente, es

la ausencia de interés por la verdad, o la indiferencia ante el modo de ser de las cosas–. Aquí se advertía la sustancia filosófica del librito de Frankfurt: el escepticismo es la causa última de la charlatanería. Conclusión a la que llegaba en apenas ochenta páginas que, en realidad, tenían más que ver con el formato de encuadernación que con la extensión de su contenido.

La sociedad de la transparencia comparte este afán por abordar un asunto que está en boga, y ahondar en sus implicaciones para la vida humana. Byung-Chul Han es un filósofo alemán de origen coreano, con estudios en filosofía, literatura alemana y teología católica, doctorado en 1994 por la Universidad de Friburgo con una tesis sobre Heidegger, y actualmente profesor de filosofía y estudios culturales en la Universidad de las Artes de Berlín. Muchos lo consideran un filósofo ascendente y no es de extrañar: domina varios temas de interés social (internet, racionalidad digital, seguridad, amor, narcisismo y desórdenes psicológicos) y sabe encuadrarlos en el discurso de la filosofía contemporánea que los explica. Tanto el asunto elegido para *La sociedad de la transparencia*, como el modo de enfocarlo, no serán extraños para aquellos hispanohablantes que hayan leído a Daniel Innerarity o Vicente Verdú. Los juegos de palabras, el retorcimiento del lenguaje para dar lugar a significados imprevistos o la mirada atenta que busca entender un fenómeno dentro de un marco de cambio sociológico, son los principales recursos de Han, junto con el esperable aparato crítico moderno y posmoderno: Rousseau, Kant, Nietzsche, Simmel,

Benjamin, Baudrillard, Barthes, Agamben, Sennett o Žižek son los principales filósofos y sociólogos que Han elige para explicarnos un fenómeno –el del afán de transparencia– hoy tan extendido como desconcertante. ¿Resultado? Una pequeña joya que quizá no deslumbre por la heterodoxia de sus tesis, pero que, sin duda, amplía nuestra comprensión del mundo que nos rodea.

“Ningún otro lema domina hoy tanto el discurso público como la transparencia” (11), afirma Han en la primera frase del libro, y en un rápido repaso mental puede el lector corroborar la verdad de dicho aserto: ya sea como libertad de información, como exigencia en la gestión política, en la administración de empresas, en la regulación de los mercados o en las directrices de responsabilidad social, pareciera que la transparencia es, de hecho, la clave de moda para el buen funcionamiento de todas estas iniciativas humanas. Pero es más que eso. Para Han, de hecho, la ubicua exigencia de transparencia indica en realidad un cambio de paradigma: de la sociedad de la negatividad a la *sociedad positiva*, que es como se manifiesta primeramente la sociedad de la transparencia, y como titula Han el primer capítulo de esta obra. En los ocho siguientes irá desgranando críticamente las diversas formas en que se manifiesta la exigencia de transparencia: como exposición, como evidencia, como pornografía, como aceleración, como intimidad, como información, como revelación y como control.

En un primer acercamiento, no deja de resultar paradójico que la sociedad positiva se articule en torno a un mon-

tón de problemáticas negaciones: no a las lagunas de información (*pero sin laguna de saber el pensamiento degenera en cálculo*), no a la dialéctica (*que se demora en lo negativo*); no a la hermenéutica; no al sentimiento negativo, como el sufrimiento y el dolor (*aunque sea lo que haga nacer y crecer el espíritu humano*); no a la teoría, porque selecciona (*aunque es imposible prescindir por completo de ella*); no a la política, por estratégica y partidaria (*cosa que también es imposible*) y, en todo caso, sí a una política “despolitizada”, sin ideología, solo con opiniones y administración de necesidades sociales que dejan intacto lo ya existente (cf. 17-22).

Todo se hace transparente cuando se inserta sin resistencia en el torrente liso del capital, la comunicación y la información. Y así la acción “transparente” pasa a ser *operación*, sometida a procesos de cálculo, dirección y control. El tiempo resulta transparente cuando es la sucesión de un presente disponible, sin destino ni eventos. Las imágenes se vuelven transparentes cuando carecen de profundidad hermenéutica y sentido. Las cosas en general “transparentes” cuando se despojan de su singularidad y se expresan en precio. El mismo lenguaje se hace transparente como lengua formal, maquinal, operacional y sin ambivalencia (cf. 11-13). El inconveniente, claro está, es que más transparencia (lingüística) no equivale a más verdad, sino acaso a más abundancia informativa. La verdad “es una negatividad en cuanto se pone e impone declarando falso todo lo *otro*” (23), y, por eso, a menos verdad, más información, remata provocativamente Han, y, aunque no se cite, uno no puede dejar de hacer la co-

nexión con la idea de Frankfurt de que a más escepticismo (*menos verdad*), más charlatanería (*más información*).

En la sociedad positiva, las cosas, convertidas en mercancía, han de *exponerse* para *ser*, y desaparece así su *valor cultural* –el que tienen las cosas por existir– a favor del *valor de exposición* –el que tienen por ser vistas (Benjamin) (cf. 25-26)–. La economía capitalista, señala Han, somete a un tipo especial de coacción donde las cosas y el sujeto se miden por su valor de exposición: “El imperativo de la transparencia hace sospechoso todo lo que no se somete a la visibilidad. En eso consiste su violencia” (31). Se renuncia a toda *peculiaridad de las cosas* y, así, lo esencial o invisible no existe, porque no engendra ninguna atención. Lo cual, llevado al extremo, tiene consecuencias muy graves para la vida humana, pues si el mundo en general se convierte en un espacio de exposición, el habitar que construye la identidad deja de ser posible.

La transparencia, prosigue Han, va unida a un *vacío de sentido*, pues el sentido requiere una comunicación menos rápida y más compleja que la información y las imágenes inequívocas, a las que les falta toda la *ruptura* que desataría una reflexión, una revisión, una meditación. Todo ello, concluye Han, tiene que ver con más negaciones que exige la sociedad de la transparencia cuando se manifiesta como sociedad de la exposición; a saber, no a la distancia, no a la contemplación, no a la mirada (*aunque, lógicamente, sí al contacto*), no a la cercanía (*que es rica en espacio*) y, en definitiva, sí a la uniformidad (cf. 32-33). “El sistema social”, insiste Han, “somete hoy todos sus procesos a una

coacción de transparencia para hacerlos operacionales y acelerarlos” (12), incluido todo lo que tenga que ver con la vida personal. “La coacción de la transparencia nivela al hombre mismo hasta convertirlo en un elemento funcional de un sistema. Ahí está la violencia de la transparencia” (14). El problema es que los rasgos que constituyen la vida en general –la espontaneidad, el acontecer, la libertad– no admiten ninguna transparencia. Ni siquiera es posible ni deseable la transparencia interpersonal, pues las relaciones humanas están vivas y son fértiles cuando detrás de toda revelación se presiente y espera un *últimísimo* (Simmel). A la imposición de la transparencia, de hecho, le falta la *ternura*, que “no es sino el respeto a una *alteridad* que no puede eliminarse por completo”. De ahí que, como subraya Han con mucha lucidez, “ante el afán de transparencia que se está apoderando de la sociedad actual, sería necesario ejercitarse en la *actitud de la distancia*” (15-16).

La sociedad de la transparencia es, también, sociedad de la evidencia, que quita encanto a las cosas y las hace evidentes para así introducir las en procedimientos que otorgan al ser humano la sensación de dominio y control sobre lo real. El problema es que, al hacerlo, perdemos las cosas, pues la *procedimentalización*, que presenta lo real como evidente, lo hace al precio de intelectualizar las cosas y restarles consistencia. Por eso, insinúa Han, la coacción de la transparencia hace de la imaginación un excedente inútil. La imaginación, según Kant, juega con las cosas en un espacio donde nada está definido con firmeza ni delimitado con claridad, y

no es transparente para sí misma; la autotransparencia es, más bien, típica del entendimiento, que no “juega” sino que “trabaja” con ideas claras (cf. 35, 37). Frente a la obsesión de hacerlo todo transparente, Han reivindica la defensa nietzscheana de la apariencia, la máscara, el secreto, el enigma, el ardid y el juego. “Hay mucha bondad en la astucia”, dirá Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*. “Todo espíritu profundo necesita una máscara”, porque lo *completamente otro*, lo *nuevo*, solo prospera detrás de una máscara que protege de lo *igual* (cf. 41). Y, así, concluye Han la tercera parte de su libro, donde la transparencia se manifiesta como evidencia, se produce una extinción del *eros*, desaparece la habilidad de buscar lo otro, lo extraño, lo indisponible y, con ello también –como explicará en su siguiente obra *La agonía del eros*–, la capacidad de pensar, que se apoya justamente en el deseo de algo que aún no se entiende. Una idea que Han corrobora rescatando el pensamiento de Agustín, para quien ni siquiera la Sagrada Escritura es evidente, sino oscura y metafórica, pues la capa figurada erotiza la palabra y la convierte en objeto de deseo (cf. 42-43).

La pérdida de esta capacidad erótica en el sujeto actual va unida a la presencia desmesurada de pornografía en la vida corriente, en que el cuerpo humano (sobre todo el femenino) aparece como reclamo para todo. La síntesis de teología, estética y semiótica, que Han lleva a cabo para criticar este estado de cosas, es muy brillante. La desnudez de la criatura, dirá, no es pornográfica: es *sublime*, porque es signo que apunta a otra cosa, al ser del creador. En cambio, la desnudez pornográfi-

ca –sin misterio– es violenta, porque hace parecer al cuerpo lo que no es –solo carne–. El capitalismo agudiza la sociedad porno, en cuanto lo expone todo como mercancía hipervisible para maximizar su valor de exposición (cf. 46, 48, 51). Por eso, el problema de la sociedad porno va más allá de la exposición indiscriminada del cuerpo. Es obscena la transparencia que entrega *todo* a la mirada, dirá Han. Y, en cierta manera, hoy todas las imágenes mediáticas son más o menos pornográficas, pues, por complacientes, les falta todo *punctum*, toda interrupción y demora contemplativa. A lo sumo, son objeto de *studium*, de un “me gusta” que acumula datos sin pasión ni comprensión. Las imágenes pornográficas no necesitan interpretación ni contexto cultural, son puro espectáculo sin información (cf. 55, 57).

Este carácter pornográfico, acultural y poshermenéutico de la imagen contemporánea habla bien del temple ahistórico de las actuales sociedades occidentales. “La sociedad de la transparencia elimina todos los rituales y ceremonias, en cuanto que estos no pueden hacerse operacionales, porque son un impedimento para la aceleración de los ciclos de información, la comunicación y la producción” (60). En efecto, solo puede acelerarse un proceso *aditivo* (como la operación de un procesador, que no tiene final), pero no uno *narrativo* (como las procesiones, los rituales y las ceremonias, que tienen un sentido, un final y un tiempo propios). Por eso, señala Han, la sociedad de la transparencia se manifiesta en su relación con el tiempo como una sociedad de la aceleración, en la medida en que

la coacción de la transparencia destruye el aroma de las cosas y el aroma del tiempo, que transcurre sin dirección y se descompone en una mera sucesión de presentes atomizados. “Con ello, el tiempo se hace aditivo y queda vacío de toda narratividad” (65), como sabíamos desde que Lyotard definió la época posmoderna como la época del rechazo de los “grandes relatos” que pretenden explicar objetivamente el sentido de la vida, de la historia, del hombre y de Dios. Esta caída de las grandes narraciones –singularmente, la idea de progreso– tendrá consecuencias directas sobre el individuo y su identidad, que el sociólogo Zygmunt Bauman ha visto bien al contrastar la figura moderna del *peregrino* –que se plantea la vida como un viaje al término del cual se encuentra a sí mismo– con la figura posmoderna del *turista*, el *comprador* o el *vagabundo*, que deambulan por la vida como una sucesión o acumulación de experiencias aisladas, sin hilo narrativo que les otorgue sentido, aprovechando las oportunidades que ofrece la sociedad de consumo y renunciando a la construcción de su identidad.

Quizá la sociedad contemporánea haya renunciado a la idea de progreso como descriptor objetivo de la historia, pero eso no significa que haya renunciado al afán, singularmente del individuo, de conocer y de conocerlo todo. Por eso, la sociedad de la transparencia es, también, una sociedad íntima. El mundo de hoy no es, desde luego, lugar de representación teatral de acciones y sentimientos, sino de la exposición mercantil de intimidades para consumir. Pero la prensa del corazón o la incesante publicación de

“estados” en las redes sociales son fenómenos en modo alguno inofensivos. Pues, de hecho, la coacción de exponer la intimidad rompe la sociabilidad, que si algo pide es una cierta distancia entre personas. La sociedad íntima, señala Han, elimina signos rituales, ceremoniales –en los que uno se evadiría de *sí mismo*–, y, al final, está poblada por narcisistas sujetos íntimos que se encuentran a sí mismos en todas partes (cf. 68, 70-71). Nuevamente, como vemos, más información no incrementa el conocimiento, solo lo banaliza y oscurece. Desde la antigüedad hasta la ilustración, el discurso filosófico y teológico ha empleado la metáfora de la luz, que brota de una *fuentes* o un *origen* que obliga, promete o prohíbe (Dios o la razón) y, así, desarrolla una *negatividad*. Pero a la sociedad de la transparencia le falta esa tensión metafísica, pues no la ilumina la luz que brota de una fuente trascendente. Por eso, es sociedad de la información que, *como tal*, es un fenómeno de transparencia, porque le falta toda negatividad y, con ello, verdad. Un aumento de información y comunicación, de hecho, no inyecta ninguna *luz* ni esclarece por sí solo el mundo, sino que lo hace más intrincado (cf. 76-77, 79-80).

Pues bien, en las dos últimas secciones del libro, Han propone dos causas –una más última que otra– que esclarecerían el fenómeno de la transparencia. Este tendría, en primer lugar, una causa histórica. El afán de transparencia nace en el siglo XVIII (el del teatro del mundo) como reacción ante la hipocresía y la apariencia: la expresión no ha de ser una pose, sino un reflejo del corazón transparente, como diría

Rousseau, cuyo ideal era que el carácter fuera igual al comportamiento (*cf.* 81, 84-85). El problema es que la ininterrumpida exhibición interconectada de hoy ha desembocado en una suerte de esclavitud obligatoria, de pérdida de libertad alegremente asumida y de mayor control por parte de todos sin un centro claro. Por eso, la sociedad de la transparencia se manifiesta, en su vertiente más peligrosa, como sociedad del control, y

[...] la sociedad del control se consuma allí donde su sujeto se desnuda no por coacción externa, sino por la necesidad engendrada en sí mismo, es decir, allí donde el miedo de tener que renunciar a su esfera privada e íntima cede a la necesidad de exhibirse sin vergüenza (89-90).

¿Por qué surge, entonces, esta necesidad y exigencia de autoexhibición? Para Han, la causa última es antropológica: a menos confianza, se impone una mayor vigilancia y se exige más transparencia:

La confianza solo es posible en un estado medio entre saber y no saber. Confianza significa: a pesar del no saber en relación con el otro, construir una relación positiva con él. La confianza hace posibles acciones a pesar de la falta de saber [...] [Por eso] donde domina la transparencia, no se da ningún espacio para la confianza [...] La sociedad de la transparencia es una sociedad de la desconfianza y de la sospecha, que, a causa de la desaparición de la confianza, se apoya en el control. (91-92)

De hecho, la coacción de la transparencia no es, al final, un imperativo moral, sino fundamentalmente económico, pues cuando se esfuma la confianza en el otro, la convivencia solo es posible si sabemos en todo momento las intenciones de los demás, si sus actos son trazables y si su vida, en definitiva, está expuesta a la mirada vigilante de todos.

JUAN PABLO SERRA
 Universidad Francisco de Vitoria -
 Madrid - España
j.serra.prof@ufv.es